

embargo, para evitar el paso de los rusos, fijando su campamento enfrente del que ocupaba el gran duque; entre uno y otro se extendía el campo llamado de Kulikoff, de unos diez kilómetros de extensión, por cuyo centro corría el riachuelo Smolka. En el punto más alto de la llanura, en la llamada «colina roja,» alzábase la tienda del khan.

La tradición popular refiere que un gran número de lobos y aves de rapiña habían seguido al ejército, armando durante la noche una gritería extraordinaria.

Amaneció el día 8 de setiembre: no describiremos el curso de la batalla, que nos refieren las crónicas con escasa discrepancia, pero creemos necesario hablar de sus principales incidentes. Dmitri había colocado una sección de caballería, mandada por su primo Wladimiro Andreyewitz y por un experto guerrero wolhynio, el boyardo Dmitri Michailowitz Bobrok, en una emboscada oculta á la vista de los tártaros; esta caballería, además de cubrir la retirada por los puentes, podía fácilmente acudir al auxilio de los rusos. La lucha comenzó á las once, avanzando la infantería de ambos ejércitos. Un ilustre tártaro, el mursa Temir, se adelantó y retó á los más valientes de entre los rusos á un desafío: entonces se le presentó Pereswet, uno de aquellos monjes del convento de Sergio, trabándose un combate singular: ambos contendientes se acometían con sus lanzas con tal denuedo que sus caballos vinieron al suelo, cayendo ellos mismos sin vida. Entonces comenzó una lucha cuerpo á cuerpo, en la que tomó parte con gran arrojo el mismo Dmitri. La descripción poética de la crónica dice: «Las lanzas se rompían como pajas, las flechas caían como lluvia, el polvo oscurecía los rayos del sol, las espadas brillaban como rayos, los hombres caían como la hierba al paso de la hoz y la sangre brotaba como agua á torrentes. La infantería rusa quedó completamente aniquilada: el centro se vió en una situación muy apurada y costó grandes esfuerzos conservar el orden en sus filas: en cambio, en el ala derecha la desventaja estuvo de parte de los tártaros, sin que por esto las pérdidas que sufrían dieran carácter decisivo á la lucha. Entonces dirigieron todas sus fuerzas contra el ala izquierda con el intento de romperla y de poder atacar á los rusos por la espalda: si conseguían esto, la victoria estaba decidida. Pero en aquel momento entró en acción la caballería que había permanecido en la emboscada: era la una, y el sol, que hasta aquel momento había molestado de frente á los rusos, cegó á los tártaros, contra los cuales se levantó también el viento. En estas condiciones desfavorables al enemigo, cayó sobre él de repente la caballería que mandaban Wladimiro y Bobrok. Los tártaros se acobardaron y emprendieron la fuga, que pronto se convirtió en el más completo desorden. Una hábil operación de Dmitri Olgerdowitz, príncipe de Brjansk, había restablecido entretanto el orden en el centro del ejército ruso, después de lo cual empezó un ataque general que hizo que los tártaros comenzaran á retirarse. En la colina roja, donde se encontraba Mamai, intentaron defenderse las tropas de éste, pero sus esfuerzos fueron vanos: sus filas fueron rotas y Mamai, seguido de sus murses, se apresuró á montar á caballo y á dirigirse á las estepas.

Dmitri había ganado la batalla. Cuando los príncipes vencedores regresaron de su persecución, le echaron de menos; buscósele por todo el campo de batalla y por fin lo encontraron al pie de un árbol: á pesar de que parecía muerto, solo se hallaba sin sentido: su excelente coraza le había salvado; estaba todavía con vida, y la noticia de la victoria le dió nuevas fuerzas. Al día siguiente, domingo, pudo dar las gracias á su ejército y recorrer el campo de batalla, donde yacían innumerables cadáveres, entre ellos los de quince príncipes rusos. Procedióse entonces á separar los cuerpos inanimados de los rusos de los de los tártaros, dándose solemne-

mente sepultura á los primeros. A los ocho días emprendió el ejército ruso el regreso.

El día de la batalla Yagailo de Lituania no se encontraba más que á una jornada de distancia de los tártaros, siendo indudable que de haber llegado á tiempo el combate hubiera tomado un giro muy distinto. El día 21 de setiembre, Dmitri, cuyo séquito se había aumentado considerablemente con el rico botín tártaro, llegó á Kolonna y el día 28 hizo su entrada triunfal en Moscou. El pueblo le dió el dictado de Donskoi, vencedor del Don, y abrigó con razón la esperanza de que quedaba para siempre destruido el poder de la Horda. Sin embargo, este poder duró todavía cien años: el Asia volvió á intervenir de un modo decisivo en la historia de la Europa oriental. Ya recordaremos que la Horda de Oro se había emancipado de la parte asiática de Kiptschak, á pesar de lo cual siempre influyeron algo en ella los sucesos del Asia anterior y central, pues como su reino carecía al Este de fronteras naturales marcadas, el khan tenía que observar con atención los cambios que allí ocurrían. Únicamente podía aprovechar á la Horda el hecho de que el Estado de Schagatai se dividiera, andando el tiempo, en una serie de Estados y quedara quebrantado por odios intestinos. Mientras las luchas por la posesión del trono y los levantamientos en las provincias caracterizaron la historia de aquel imperio, la Horda, á pesar de encontrarse debilitada, nada tenía que temer de éste; el peligro había de ser en realidad inminente cuando apareciese un conquistador que reuniera en sus manos todo el poder, y como para esto existían todas las condiciones indispensables, únicamente faltaba una persona á propósito para resucitar los tiempos de Gengis-khan (1).

Esta persona existía en Timur, ó como comunmente se le llamaba, Tamerlan. En 1380, cuando contaba veinticinco años de edad, pues había nacido en 1355, fué nombrado gobernador de la Transoxiana. Poco después, el descubrimiento de un complot por él tramado le obligó á huir á Samarkanda, donde se unió con el antiguo soberano de Transoxiana, el emir Hussein, que estaba desterrado: los esfuerzos de ambos consiguieron hacerles dueños de toda la Transoxiana. Pronto se vió que estos dos hombres no podían vivir el uno junto al otro. En la lucha que por este motivo estalló sucumbió Hussein, y Timur hubiera podido reinar en aquel país como soberano único; mas para robustecer su situación y no atraer prematuramente sobre sí la atención y la envidia, prefirió someterse á una sombra de soberano, que fué un descendiente de Gengis-khan, tras de cuyo nombre ocultaba su propia ambición. Entonces sometió á Khwarizm y Kaschgar y en Kiptschak protegió, contra el khan legítimo Orus y luego contra su hijo Timur-Melik, al pretendiente Tochta, que consiguió en 1376, después de varias derrotas, una victoria definitiva. Cuando después Timur-Melik volvió á atacar á su adversario, fué por segunda vez vencido, cayendo prisionero al comenzar la batalla y siendo muerto por orden de Tochta. Este había, pues, llegado á ser vecino de la Horda de Oro y estaba decidido á hacer de ella el centro de su imperio. Nada tenía que temer de su protector Timur, antes al contrario los triunfos de este conquistador, que cada vez extendía más sus dominios, le aseguraban contra todo ataque por la espalda, de suerte que podía dirigir todas sus fuerzas contra Mamai. Este, sin embargo, no se encontraba del todo desprevenido. Después de haber llegado á Sarai con los restos de su ejército, no le dominaba otra idea más que la de tomar venganza de Rusia. El hecho de que Dmitri no hubiera llevado su ejército á la Horda demostraba que ésta seguía inspirando

(1) Véanse Weil: *Pueblos islamitas*, Stuttgart, 1866; Hammer, obra citada; Segur: *Histoire du bas empire*, 9.^a edición, y las obras rusas.

miedo: además el material de guerra del khan era inagotable. Sus preparativos estaban casi terminados cuando la marcha de Tochta le obligó á llevar sus armas no hacia el Norte sino hacia el Este. Los dos ejércitos se encontraron cerca de Kalka, punto donde en otra ocasión Batu había derrotado á los rusos; y trabado el combate, la victoria se decidió en pro de Tochta. «Los príncipes de Mamai, — dice una crónica rusa, — se apearon de sus caballos y doblando la cabeza prestaron juramento de fidelidad al czar Tochta.» Ninguno pensó en continuar la resistencia. La victoria de Tochta fué considerada por aquella gente fatalista como una sentencia divina: cambióse la persona del soberano y todo quedó como antes. Esto había hecho variar el aspecto de las cosas. Nuevos elementos propios para la lucha y acostumbrados á la guerra rejuvenecieron por cien años más á la Horda, de suerte que Rusia solo podía conservar su libertad alcanzando una victoria como la que había conseguido en el Don.

Mamai, antes tan poderoso, tuvo un fin triste, pues habiendo huido á Kaffa fué robado primero y asesinado después por los genoveses.

Ante el hecho positivo y reconocido en las crónicas rusas de que Mamai había estado á punto de atacar de nuevo á Rusia, no se comprende que ésta nada hiciera para evitar el peligro. No se oye hablar de preparativos ni de alianzas: los rusos no se cuidaban más que de celebrar la victoria conseguida y no se hacía, al parecer, caso alguno del riesgo que amenazaba por parte de Tochta, cuya superioridad había puesto de manifiesto la batalla de Kalka, y el cual decía públicamente que se consideraba heredero y sucesor de Mamai bajo todos conceptos. Ya en 1381 se había presentado en Nishni-Nowgorod un emisario suyo citando á todos los príncipes rusos para que comparecieran ante la Horda. El de Moscou le contestó que no podía alejarse de Rusia porque no tenía garantía alguna para su seguridad personal. El emisario tuvo, pues, que regresar á su país sin haber podido llenar su misión; pero en Moscou seguía reinando una tranquilidad poco sólida y poco segura. Tochta, en un principio, no dió señales de vida, por lo que podía creerse que no le había molestado la negativa que habían tenido sus pretensiones, pero lejos de esto, hacía en silencio sus preparativos. En 1382 fueron atacados de repente todos los comerciantes rusos de Bulgaria, cundiendo muy pronto la noticia de que la Horda había puesto en movimiento sus grandes ejércitos y de que Oleg de Rjasan figuraba como su caudillo. En efecto, Tochta, con auxilio de Oleg, había pasado el Volga y avanzaba hacia Moscou. La ciudad de Nishni-Nowgorod, que era la que se encontraba expuesta á más inmediato peligro, se humilló ante los tártaros para conseguir por este medio que sus territorios fuesen respetados, teniendo entonces Dmitri que pagar muy cara su indolencia. Las fuerzas de Moscou y de Susdal, que por lo demás no podían ser empleadas en un momento, no bastaban para resistir el poder de Tochta: no era tampoco posible, después de haber dejado perder el instante oportuno, promover una coalición de príncipes. No quedaban, pues, más que dos remedios: ó que el gran duque se encerrara dentro de las murallas de Moscou y dirigiera personalmente la defensa de la capital, ó que abandonando á ésta á su suerte se apresurara á agrupar á su alrededor todas las tropas que en tan crítica situación pudieran reunirse. Si Moscou podía sostenerse en frente del enemigo, existía la probabilidad de causar sensibles pérdidas al ejército tártaro cuando se retirara. Dmitri optó por la última de aquellas dos medidas y saliendo de Moscou huyó por Pereyaslawl á Kostroma, donde reunió á toda prisa á sus guerreros.

En tal estado se encontraban las cosas cuando los tártaros se presentaron delante de Serpujoff, á doce leguas de Moscou.

RUSIA, POLONIA Y LIVONIA

Aquella ciudad fué tomada y en 23 de agosto llegó la vanguardia tártara delante de la capital moscovita, donde, desde la salida del príncipe, reinaban el desorden y la perplejidad. Quísose celebrar una wetscha, pero fué imposible llegar á un acuerdo. Una parte de la población quería huir, pero la otra persistía en defender la ciudad y retenía á la fuerza á los fugitivos. El hecho de haber huido el metropolitano aumentó la intranquilidad y la excitación. Las cosas cambiaron, sin embargo, de aspecto cuando se presentó en la capital un vaidoda lituano, el príncipe Ostei, enviado probablemente por Dmitri, quien con mano enérgica procedió á hacer los preparativos para la resistencia y organizó militarmente á los muchos fugitivos de la comarca que se habían refugiado en Moscou. Los arrabales fueron incendiados y cuando se presentó el enemigo, la ciudad estaba dispuesta á la defensa. Renunciamos á describir los acontecimientos que nos han sido transmitidos con prolijos detalles. Parece indudable que Moscou pudo sostenerse porque los tártaros no llevaban máquinas de sitio, y durante tres días fueron valerosamente rechazados todos los ataques. Tochta comenzó á concebir temores: su ejército no estaba preparado para un largo sitio, y además no ignoraba que Dmitri y su hermano, con fuerzas que se aumentaban de día en día, no se encontraban muy lejos. Pero allí donde no llegaba la fuerza alcanzaba la astucia de los tártaros, permitida como ardido de guerra. Tochta fascinó á los moscovitas con promesas de paz, diciéndoles que no era enemigo de la ciudad sino del gran duque; que se retiraría si los habitantes salían á ofrecerle presentes y que solo deseaba visitar antes de marcharse las curiosidades de Moscou. Los hijos de Dmitri de Nishni-Nowgorod confirmaron con sus juramentos la pureza de intenciones del khan. En vista de ello celebróse una asamblea consultiva y los moscovitas se dejaron engañar: las puertas de la ciudad fueron abiertas, saliendo de ella la población precedida del valiente Ostei, de los boyardos y del clero, que llevaban ricos presentes. Entonces se vió hasta dónde llegaba la lealtad de los tártaros, repitiéndose los mismos sucesos que había presenciado Rusia durante la primera conquista llevada á cabo por Batu. Los ciudadanos indefensos fueron asesinados sin compasión y se dejaron acuchillar sin oponer resistencia: la ciudad fué saqueada, quedando en un día todas sus riquezas y preciosidades reducidas á polvo y á ceniza, llevándose consigo el enemigo en calidad de esclavos gran número de prisioneros. Este suceso funesto, acaecido en 26 de agosto, destruyó los resultados de la victoria del Don é imprimió de nuevo en Rusia el sello de la servidumbre tártara.

Tochta no se detuvo en Moscou, en cuyos alrededores formaron sus tropas, y emprendió á toda prisa la retirada llevando á todas partes el incendio y el asesinato, hacia el Norte hasta Pereyaslawl, hacia el Este hasta Wladimir y hacia el Oeste hasta Moshaisk. De su ejército únicamente una división (de 6,000 según una crónica) fué derrotada al encontrarse en Wolok con el hermano del gran duque. Este continuaba en Kostroma, á 50 leguas de Moscou. Sostiénese que esto aceleró la retirada de Tochta, pero esta opinión no es segura ni siquiera probable. Dmitri, como se vió después, no estaba todavía preparado para la lucha. Tomada Kolonna, regresó Tochta por el territorio de Rjasan, que también fué devastada sin consideración alguna. Así recompensaron los tártaros los servicios prestados por Oleg, es decir, la traición que hizo á sus compañeros de raza y de religión.

Dmitri volvió á la capital para dar sepultura á los cadáveres: yacían en ella sin enterrar 24,000 hombres. El príncipe lloró y les dió el último reposo: en cuanto á las tropas que se le habían reunido en Kostroma, no las utilizó para atacar á los tártaros, pues para esto eran insuficientes, sino que reci-

bieron la orden de castigar á Oleg por su traicion y de asolar los territorios de Rjasan, en los cuales sucumbió ante la venganza del gran duque todo cuanto habian dejado en pié los tártaros.

Dmitri, al ver devastada su capital, exclamó: «Nuestros padres no vencieron á los tártaros, pero fueron menos desdichados que nosotros.» Desde la toma de Moscou por Tochta cambió de política, adoptando el sistema de sumision que habian seguido los primeros príncipes de Moscou y cuidando solamente de conservar en el territorio ruso el poderío de su gran ducado. Ya en la primavera de 1383 encontramos á Wassili, hijo de Dmitri, acompañado de los mas ilustres boyardos, en la Horda, donde el gran príncipe de Twer procuraba en tanto obtener, con el favor del khan, la supremacía en Rusia. La mision que aquellos llevaban era suplicar á Tochtamisch que confirmara á Dmitri en su dignidad de gran duque. El khan se condujo hábilmente conservando en rehenes al hijo de Miguel de Twer y á Wassili Dmitriyewitz: á Miguel le concedió la gracia de que pudiera conservar su residencia de Twer, y en cuanto á Dmitri consideró prudente enviarle, en el otoño de aquel año, por conducto de un embajador especial, el jarlyk de confirmacion. «Conozco á mis Ulises, — habia dicho el khan á Miguel de Twer, — y todos los príncipes rusos me sirven desde antiguo. En cuanto al agravio que me ha inferido mi ulusnik, Dmitri de Moscou, he aterrorizado bastante á este príncipe para que me sirva lealmente...» Estas palabras de Tochta caracterizan la política por él seguida en Rusia: su propósito era no introducir modificacion alguna en las relaciones interiores de este país, y en su interés estaba, por el contrario, mantener el antiguo orden de cosas. Pero era preciso que volviera á fluir como antes el manantial de oro que durante los últimos tiempos se habia secado, y á esto únicamente habia tendido la expedicion dirigida contra Moscou. El khan habia conseguido infundir miedo y de él se aprovechaba para restablecer la antigua opresion tributaria. Fijó el rescate de Wassili en la inaudita suma de 8,000 rublos. Los baskakes volvieron como antes á cometer exacciones en el país con motivo de los impuestos: era, pues, indudable que quedaba restablecido el yugo tártaro.

De igual manera hizo Dmitri reconocer en Rusia la supremacía de Moscou: en este sentido comenzó en la esfera religiosa mandando que volviera á su capital el metropolitano Cipriano, que desde su fuga residia en Twer, y destituyéndole de su cargo al saber que se negaba á obedecer su mandato. No sabemos que esta medida, contraria á todas las disposiciones canónicas, encontrara la menor resistencia. Pimen, llamado de su destierro por el gran duque, ocupó tranquilamente la sede metropolitana de Moscou, siendo reconocido por toda la Rusia. En este punto nos encontramos con un antagonismo tan fundamental en la Edad media entre el Oriente y el Occidente que este hecho, con tanta frecuencia omitido, merece especial atencion. La Rusia de la Edad media no conoció la jerarquía tal como la vemos en Occidente, con dilatados ideales políticos, ni el Estado religioso tal como allí lo encontramos. Cuando surgian conflictos entre el Estado y la Iglesia, tenian un carácter personal; nunca se derivaban de principios y siempre eran resueltos en perjuicio de los dignatarios eclesiásticos. Así sucedió en aquella ocasion: Cipriano, convencido de su impotencia, regresó á Kieff, y Pimen fué desde entonces servidor sumiso del gran duque.

Desde algunos años antes habianse restablecido las relaciones cordiales con Twer y Rjasan; y en cuanto á los boyardos de Moscou, el gran duque les habia refrenado severamente, habiendo mandado dar muerte en la capital á uno de ellos, llamado Ivan Weljaminoff, caso hasta entonces nunca visto.

De mayor importancia todavía fué la energía con que Dmitri hizo pesar su dominio sobre Nowgorod con motivo de los horrores cometidos por cuadrillas de bandidos nowgorodes. La juventud de aquella ciudad habia considerado las comarcas del Este como un territorio que ofrecia libre espacio á la manifestacion de sus aficiones guerreras y abria ancho campo á su afán de botín y de aventuras. Aquellos jóvenes se habian criado en cierto modo para el robo por efecto del desordenado sistema con que Nowgorod procedia á la percepcion de los impuestos en los territorios tributarios. Lo que impunemente se hacia dentro de los límites de las comarcas dependientes de la ciudad, se convertia en delito en cuanto se traspasaran las fronteras. Estas correrías ocurrieron en 1360, 1363 y 1366 y las llevaron á cabo los hijos de personas respetabilísimas á las órdenes de vaivodas, cuyos nombres la tradicion no ha transmitido. Todas ellas tenian el mismo carácter: cuando se llegaba al Volga se dirigian los expedicionarios rio abajo y remontaban los afluentes, robando á cuantos comerciantes y destruyendo cuantos pueblos encontraban á su paso: la Bulgaria fué uno de los países mas castigados. El botín de hombres que en tales ocasiones solia hacerse tenia abierto su mercado en Asia. Esto hacia que se formularan reclamaciones contra Nowgorod, la cual rehuía toda responsabilidad por los actos de los ladrones. Dmitri supo hacerse justicia mandando prender á una multitud de ilustres ciudadanos nowgorodes y sacando provecho de las negociaciones que con este motivo se entablaron. Las correrías, sin embargo, no cesaron, ocurriendo nuevas invasiones en 1369, 71, 74 y 75, de las cuales la última iba especialmente dirigida contra el gran duque. Los bandoleros, en número de 1,500 y mandados por un tal Procopio, se presentaron con 70 embarcaciones delante de Kostroma. El gobernador del gran duque les salió al encuentro con 5,000 soldados, pero sufrió una derrota y la ciudad cayó en poder de aquellos aventureros, los cuales permanecieron en ella una semana, regresando despues á Nishni Nowgorod cargados de rico botín y con un gran número de prisioneros. Esta última ciudad fué tambien incendiada por los nowgorodes, que despues de haberla saqueado se retiraron tranquilamente. Los expedicionarios bajaron luego por el Volga hasta Kama, donde permanecieron segun parece por algun tiempo inactivos. Pronto, sin embargo, volvemos á encontrarles siguiendo la corriente del rio. Al llegar á Bulgaria vendieron los prisioneros cristianos que consigo llevaban, mujeres casadas y doncellas, á los infieles y prosiguieron su camino por Sarai hasta Astrakan, donde encontraron, por fin, la merecida recompensa. El príncipe tártaro que allí gobernaba se apoderó astutamente de ellos y los hizo matar á todos (1). Dmitri entretanto no se habia encontrado en situacion de arreglar cuentas sobre el particular con Nowgorod. Pero despues que se hubo opuesto resistencia al boyardo que en 1385 habia enviado á Nowgorod para percibir el tributo, púsose, al año siguiente, al frente de un numeroso ejército y se dirigió contra la ciudad rebelde, rechazando las dos primeras embajadas que se le enviaron cargadas de presentes y con proposiciones de paz. Los consternados habitantes de Nowgorod incendiaron los arrabales y todos los edificios que se encontraban fuera de las murallas, entre ellos veinticuatro conventos, y se aprestaron para la defensa. El gran duque procedia como si se tratara de un país enemigo: sus guerreros robaban y saqueaban y los prisioneros eran conducidos á Moscou. Esto aumentaba la consternacion. Entonces se envió una tercera embajada á Dmitri,

(1) Colmóles de obsequios y de manjares: ellos se embriagaron, y cuando yacian por el suelo amodorrados, fuéle fácil al de Astrakan acabar con todos. Véase Perejatkowitz: *Los territorios del Volga en el siglo xv*, Moscou, 1877 (en ruso).

que esta vez se dejó convencer, firmando la paz con Nowgorod y retirándose con su ejército mediante el pago de 8,000 rublos, de los cuales 6,000 fueron entregados en el acto. Dmitri toleró las relaciones de Nowgorod con Lituania, que por otra parte no eran peligrosas, pues las parcialidades que en aquella ciudad existian, hasta el punto de estar en lucha entre sí los diferentes barrios de Nowgorod, impedian que se formara un gobierno estable, además de que la Lituania, á consecuencia de desórdenes cuya descripcion corresponde á la historia de Polonia, no podia intervenir constantemente en los asuntos de Rusia.

Inesperadamente enfermó el gran duque en 1389, falleciendo á los pocos dias de caer enfermo: dejaba seis hijos, de los cuales el primogénito, Wassili, que hacia dos años habia regresado del cautiverio entre los tártaros, fué nombrado por el padre sucesor, incluso en el trono de gran duque.

Dmitri, al morir, contaba 39 años: durante los últimos de su vida habia abrigado la esperanza de sacudir el odiado yugo de los tártaros. Habia conseguido que su primo Wladimiro renunciara en documento solemne á la sucesion de Moscou y Wladimir y reconociera á Wassili como jefe de la familia. Los demás hijos, á excepcion del penúltimo, que falleció poco despues de su padre, recibieron una parte de la herencia paterna con la condicion de estar todos sometidos á su hermano mayor.

En el testamento de Dmitri se encuentran estas notables palabras: «¡Quiera Dios cambiar por completo la Horda, y que mi hijo no tenga que pagarle otro tributo! Cada cual entonces conservará para sí el tributo que por su parte retenga.» La esperanza que alentaba de sacudir el yugo extranjero no constituye la parte mas esencial de su última voluntad. El desenvolvimiento histórico de Rusia permitia tener esa esperanza, pero la Rusia debia verse nuevamente envuelta en las tinieblas de la esclavitud. Bajo el punto de vista práctico era altamente importante que Moscou siguiera recaudando el tributo tártaro, aun cuando no fuera necesario pagárselo al khan, y que, segun el sistema tributario introducido por los tártaros, el gran duque de Moscou tuviera á su disposicion grandes sumas de dinero. El pueblo estaba acostumbrado á este impuesto y toleraba sin protestar la tasa regular del tributo. Su producto habia contribuido en no pequeña parte á poner á toda la Rusia bajo la soberanía de Moscou.

CAPÍTULO XXVI

WASSILI I DMITRIYEWITZ (1389-1425)

Así como estudiando la persona de Dmitri vemos en ella algunos rasgos que nos recuerdan á los príncipes del Sur de Rusia, en su heredero, el príncipe Wassili Dmitriyewitz, reaparece el tipo marcado de los príncipes moscovitas. Aquel joven de diez y siete años se mostró, desde sus primeros actos de gobierno, un frio calculista que, con toda la sabiduría de un anciano, sabia sacar partido de las locuras y de las faltas de los demás. Las primeras disposiciones gubernativas de Wassili se atribuyeron á la influencia de los boyardos que su padre le habia dejado como consejeros, y efectivamente hay en esto algo de verdad. Pero la direccion que tomó esta influencia se avenia perfectamente con las cualidades características del joven príncipe, el cual, cuando obró espontáneamente, siguió las mismas tendencias que á aquella distinguian. Lo único nuevo que vemos es un rasgo de crueldad que llegó á ser característica en los príncipes de la casa moscovita hasta al extremo en que la encontramos en Ivan el Terrible.

Los primeros actos de gobierno de Wassili demuestran la

desconfianza con que miraba á sus mas próximos allegados: su valiente tío, Wladimiro Andreyewitz, que se habia portado mejor que nadie en la batalla del Don y que era el único que podia gloriarse de haber vencido á Tochta, vió cercenados sus derechos, á pesar de haber observado estrictamente el tratado firmado con Dmitri y de haber reconocido sin vacilar al joven gran duque. Disgustado se retiró á los territorios de Nowgorod, pasando primero á Serpujoff y despues á Torschok, en donde le dispensaron cariñosa acogida. En 1389 él y el gran duque vinieron á un arreglo que marcaba detalladamente las condiciones recíprocas y que revelaba desde la primera hasta la última línea la mútua desconfianza. Entre otros contenia el siguiente pacto: «Si yo, — decia el gran duque á su tío, — residido en Moscou, te enviaré fuera de la ciudad y tendrás que dejarme á tu esposa, hijos y boyardos; pero si te permito vivir en la ciudad y me marchó te dejaré mi madre, mis hermanos menores y mis boyardos.» Este tratado, no desfavorable á Wladimiro, consignaba al final que el gran duque no creía poder prescindir de su tío, y en efecto éste le prestó grandes servicios hasta que falleció en 1410. Entre uno y otro, sin embargo, no existieron nunca buenas relaciones, y probablemente lo que indujo á Wassili á ceder fué el temor de que Wladimiro pudiera fijarse definitivamente en Nowgorod, ciudad que no le inspiraba mucha confianza. Al propio tiempo firmóse un tratado con esta ciudad, que recibió como gobernador á uno de los boyardos del gran duque, pues desde los tiempos de Kalita no era costumbre confiar tal cargo á un príncipe.

El joven gran duque habia contraído lazos de familia con Witowt de Lituania, casándose con una hija de éste, á consecuencia de un compromiso anteriormente contraído. Uno y otro habian creído encontrar en este enlace un apoyo contra Yagailo, que desde su conversion al cristianismo se habia mostrado cada vez mas ambicioso y mas ganoso de extender sus dominios. Si el gran duque Wassili no pudo obtener los frutos que esperaba se debió á las circunstancias, no á un error de cálculo ni á negligencia por su parte. En cambio, tuvo gran suerte en sus negociaciones con la Horda; gracias á las riquezas de que disponia, «el khan le concedió mas honores de los que habia dispensado á los anteriores príncipes (1).» Pero de mayor importancia que todas estas distinciones fué la cesion que Tochta hizo al gran duque del territorio de Nishni-Nowgorod, que poco antes habia concedido al príncipe Boris de Gorodez por ser el que mas derechos á él tenia. Mas adelante le hizo tambien donacion de las ciudades de Gorodez, Meschtschera y Torusa. El gran duque no vaciló en legalizar esa violacion de todo derecho aceptando la donacion del khan. Esto, jurídicamente considerado, era un robo que hacia al príncipe Boris Constantino-witz, tanto mas, cuanto que sobre Torusa no podia legítimamente formular pretension alguna por estar situada en territorio de Chernigoff, que nunca habia pasado á manos de los descendientes de Monomaco. La generosidad que con Wassili mostró Tochta parece fundada en la circunstancia de estar el khan de la Horda de Oro en guerra con su bienhechor Timur y de tener la esperanza de conquistar una parte del imperio de éste; por lo cual creía necesario dejar en Rusia un príncipe de confianza como vasallo superior, y Wassili, el mas poderoso, era el único que presentaba garantías de que no se turbaria el orden de cosas establecido. Antes de que Tochta partiese de las fronteras europeas para salir al encuentro de su enemigo de Asia, Wassili regresó á Rusia, consiguiendo fácilmente, por la traicion de un boyardo, en-

(1) La segunda crónica de Sofia ad 6901 (1393), edicion de la Comision arqueográfica, tomo VI, San Petersburgo, 1853.